



Pascua 2022

Jerusalén, Santo Sepulcro, 17 de abril de 2022

Queridos hermanos y hermanas
¡¡¡ Cristo ha resucitado !!! ¡¡¡ Aleluya !!!

Cada día de esta Semana Santa nos ha visto reunidos aquí, alrededor del sepulcro vacío de Cristo. Hoy nos reunimos una vez más para celebrar finalmente su triunfo sobre la muerte y para anunciar una vez más al mundo entero que la muerte y sus ataduras ya no tienen poder.

Pero ahora quisiera que nos preguntáramos qué hemos entendido y retenido de tantos gestos significativos que nos han acompañado durante estos últimos días. Todo nos habla de fiesta, de celebración, todo nos habla de algo diferente y especial, alegre y único. La Pascua en Jerusalén es, por supuesto, también todo esto. Y hoy en Jerusalén, como en cualquier otra parte del mundo, se pone ante nuestra conciencia el Misterio por excelencia, el núcleo de nuestra fe: la Resurrección. El apóstol Pablo nos recuerda: *"Y si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación, vana es también vuestra fe"* (1 Cor 15, 14). Hoy Jesús nos hace la misma pregunta que le hizo a Marta, a quien escuchamos hace unos días: *"Yo soy la resurrección y la vida... ¿tú crees esto?"* (Jn 11, 25-26).

¿Qué hemos hecho con este Misterio? ¿En qué medida la conciencia de que Cristo ha resucitado y vive ha cambiado y determinado nuestra existencia? ¿Cuánto de lo que proclamamos es experiencia vivida?

Tal vez nos hemos acostumbrado tanto a la idea de la resurrección que ya no nos damos cuenta de lo impactante que es el significado de esa tumba vacía. Sin embargo, si pensamos en ello, es una locura, según los estándares humanos, creer que puede haber una resurrección.

Todavía hoy no faltan los areópagos modernos (cf. Hch 17,32): son muchos los contextos diferentes donde los cristianos somos acogidos y escuchados, donde nuestras obras y nuestros servicios son apreciados y deseados. Pero, al mismo tiempo, donde el anuncio de Cristo resucitado no se entiende ni se quiere, no cobra interés y hasta puede parecer aburrido.

Y sin embargo, es nuestra fe. Este es nuestro anuncio: *"No está aquí, ha resucitado, como dijo. Venid, ved el lugar donde yacía"* (Mt 28,6).

Es un Misterio que nuestra mente no puede comprender ni explicar. Sólo puede ser acogido y guardado en nuestros corazones con confianza y amor. *"Entonces entró también el otro discípulo, que había llegado primero al sepulcro, vio y creyó"* (Jn 20, 8). En el Evangelio de Juan, "ver" significa "experimentar". Es una visión que involucra todos los sentidos, no sólo

la vista. También vemos con el corazón. Y, con el corazón lleno de confianza, doblando las rodillas ante el misterio de esta tumba vacía, en comunión con el evangelista Marcos, proclamamos: "*¡Creo, Señor! Ayúdame en mi incredulidad*" (Mc 9,24). Afirmamos aquí que, a pesar de nuestras limitaciones e inseguridades, ¡sí, creemos!

Creemos que la Pascua es la última y definitiva intervención de Dios en nuestra historia, la más inesperada y la más sorprendente. Creemos que después de habernos salvado de la nada, de la esclavitud, del exilio, Dios aún tenía que salvarnos de un enemigo final: la muerte, es decir, el pecado. Creemos y proclamamos hoy que la muerte es cualquier lugar donde Dios está ausente, donde el hombre se queda sin relación con Él: es el verdadero fracaso de la vida. La vida, en efecto, no tiene sentido cuando nos falta algo o cuando experimentamos dolor, sino cuando echamos de menos al Señor, porque sin Él estamos solos. La muerte se encuentra donde Dios ya no es la Fuente, donde no podemos hacerle lugar.

Hoy creemos y proclamamos que Dios Padre, en Cristo resucitado, ha hecho un lugar en la vida de cada uno de nosotros, para siempre. La resurrección es la irrupción de su vida en la nuestra. Hoy afirmamos que creemos eso. Que esta plenitud de relación que existe entre el Padre y el Hijo, desde aquella mañana de Pascua, sea también para nosotros. Que no hay lugar en nuestra existencia, en nuestra historia, que no pueda ser potencialmente casa de Dios, lugar de encuentro con Él. No hay espacio en la vida de cada uno de nosotros donde Él no pueda estar presente.

Esta conciencia no nos exime de la experiencia de la prueba, del dolor, de la oscuridad. Todo esto permanece, pero ya no es una condena: en cada una de estas situaciones, la confianza de que Dios está con nosotros, que Él también puede sacar vida de ellas, puede existir y perpetuarse.

Pensemos por un momento en todas las situaciones de muerte que nos rodean. Basta mirar a nuestro alrededor para encontrar motivos para inquietarnos y sentirnos abrumados por él, por sus victorias y su acicate (cf. 1 Cor 15, 55). Pensemos en las terribles condiciones que viven hoy muchas partes del mundo, como Tierra Santa, Ucrania, Yemen, ciertos países de África y Asia... La vida que hoy celebramos aquí es en otros lugares despreciada y humillada cada día con cinismo y arrogancia. Pensemos también en cada uno de nosotros, en nuestras relaciones, en nuestros afectos, en nuestras comunidades, en nuestra vida cotidiana, no dejamos de experimentar la muerte, el dolor y la soledad. Pensemos en los dramas que ha dejado la pandemia.

Sin embargo, no hay que confundir la Resurrección con la curación, con la vuelta a la vida normal, ni siquiera con la resolución de conflictos, cualquiera que sea su naturaleza. En definitiva, la Resurrección no es un símbolo genérico de paz y armonía al que podamos referirnos. Es, como hemos dicho, la irrupción de la vida de Dios en la nuestra, fuente de perdón, respuesta a nuestra soledad; conciencia del deseo de Dios para la humanidad, de este deseo de unidad y de amor. Sólo el encuentro con Cristo resucitado puede traernos la verdadera resurrección, una vida plena, que nos hace estar en el mundo con la pasión y la fuerza de los libres y redimidos. En la segunda lectura de hoy, la de la Carta a los Colosenses, v. 2, encontramos una expresión que, en la versión latina, dice: *quae sursum sunt sápite. Sápita!* "Prueba las cosas celestiales". Esto significa dos cosas. Primero, que debemos estar realmente arraigados aquí en esta tierra, sumergirnos en ella y encarnarnos plenamente en ella, sintiendo un amor profundo por este mundo que Dios nos ha dado y por el hombre que lo habita. Pero también significa que también tenemos que experimentar un sabor diferente:

el de la Resurrección, del que no pertenece a la muerte sino a una libertad que no puede ser arrebatada, del que pertenece al Padre de la Vida, antes que la muerte es impotente.

Así que no retrocedamos y no nos cerremos en nuestros miedos. No dejemos que la muerte y sus súbditos nos asusten. ¡Esto sería negar nuestra fe en la Resurrección con nuestra vida!

Y tampoco nos limitemos a venerar esta tumba vacía. *"Id y decid a los discípulos y a Pedro que va delante de vosotros..."* (Mc 16,7). La Resurrección es el anuncio de una nueva alegría que se está produciendo en el mundo y que no puede permanecer encerrada en este único lugar. Por el contrario, desde aquí debe llegar todavía hoy a toda la humanidad, a todas partes de la tierra.

Desde aquí, pues, desde Jerusalén, ante este sepulcro vacío, proclamamos a esta Iglesia y al mundo entero el anuncio de la paz verdadera, que ha surgido en este lugar y que queremos proclamar en todos los rincones de la tierra.

¡¡¡ Felices Pascuas !!!

†Pierbattista Pizzaballa
Patriarca Latino de Jerusalén